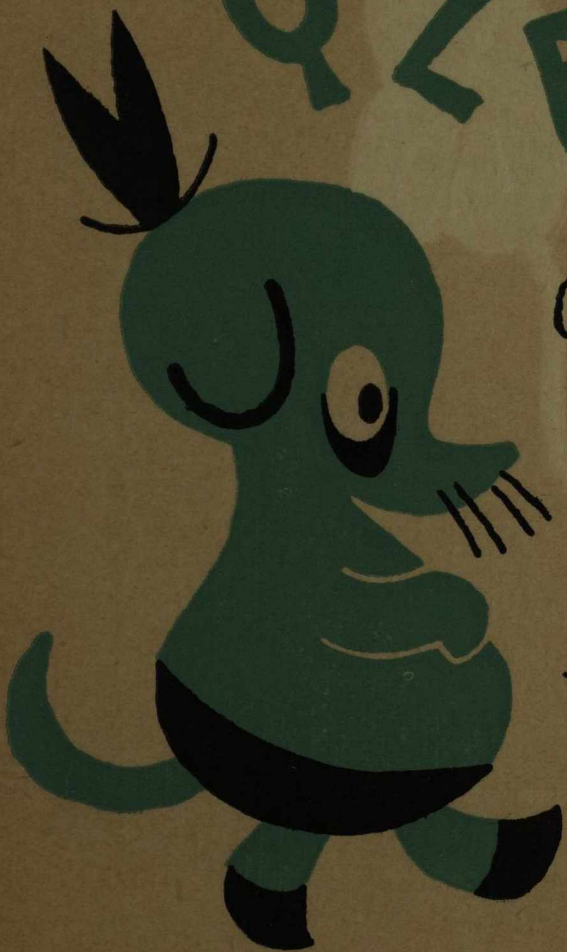
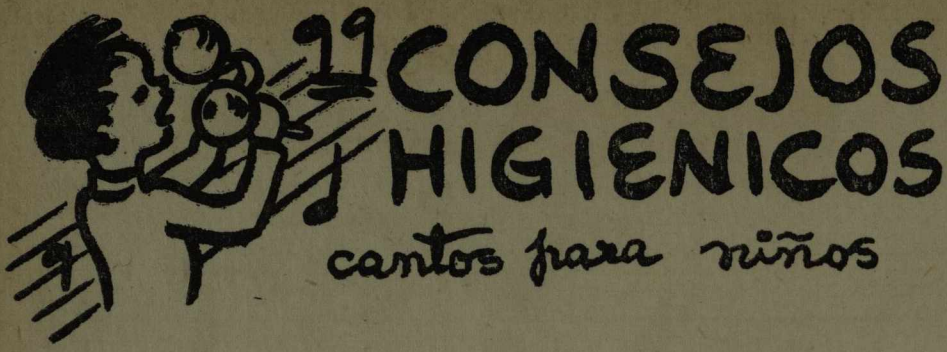
ONZA TIGRE Y LEON



Revista para la infancia venezolana

No. 23



Calcado a la música del joropo venezolano "La Perica".

El aire es un elemento
indispensable a la vida,
y vive sólo un momento
el que del aire se cuida.

Hay periquito,
dame la pata
para vendarte
con esta gasa.

El agua es otro elemento
que no nos puede faltar;
pero nos causa tormento
el tomarla sin filtrar.

Hay periquito, etc.

Las manos deben lavarse
para empezar a comer,
y no deben descuidarse
como suele suceder.

Hay periquito, etc.

La boca siempre ha de estar
cuidada con atención,
y los dientes presentar
cual un copo de algodón.

(Pasa a la pág. 28)

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

No. 23 CARACAS, OCTUBRE Y NOVIEMBRE DE 1940 AÑO 3

DESCRIPCIONES

Mucho apreciamos las colaboraciones que a diario, y en considerable volumen, nos envían nuestros pequeños lectores de todo el territorio venezolano. Estas colaboraciones son integradas comunmente por cuentos, pequeñas composiciones, biografías cortas, dibujos; y la mayoría de ellas están siempre logradas con encantadora sencillez y corrección.

En cada entrega de nuestra revista aparecen de continuo muchos de estos trabajos; aunque, lamentando a veces que, en contra de nuestra voluntad, algunos tengan que retrasarse determinado tiempo, debido a que, el espacio de las secciones que para ello están destinadas, es limitado en relación con el volumen de material de que siempre disponemos. Por lo tanto, rogamos a los pequeños autores, cuyos trabajos no sean publicados de inmediato, se sirvan disculparnos por el involuntario retraso.

Sin embargo, y como una forma de solución, queremos sugerir a nuestros inteligentes amiguitos, ciertos temas y motivos que nos permitan la creación de nuevas secciones, de modo que, podamos aumentar la colaboración infantil, y al mismo tiempo la variedad e interés de ONZA, TIGRE Y LEON.

No solo a los niños, sino a todas las personas, les es siempre interesante y grato saber de tierras, animales, costumbres y cosas desconocidas. Existen en Venezuela muy varia-

das regiones y, cada una de ellas contiene numerosos y diversos elementos, desconocidos para la mayoría de los habitantes de las demás zonas.

Muy fácil, para un niño de determinado sitio, es escribir sobre todo lo que le rodea y conoce; y ésto, es seguro que, para otra persona de un lugar diferente, habrá de ser de gran interés y amenidad. Lo que escriba el niño de Los Andes, sobre sus páramos y la nieve y el frailejón, será leído con avidez por el niño de los Llanos. De la misma manera que, la descripción que éste haga de su llanura, de sus caños, de las costumbres de sus animales y de la manera de vivir de los pobladores, habrá de ser cosa muy grata y curiosa para el otro.

Son innumerables y muy variados los temas de esta índole que pueden ser tratados. El niño de Guayana podrá, con éxito seguro, describir las grandes ribazones de peces del Orinoco; los métodos que emplean los pescadores de zapoara; la sarrapia, su recolección y todo lo relativo a ella; lo que conozcan de la vida y aventuras de los indios de las grandes selvas del Sur; la navegación en bongo. Del mismo modo que el niño margariteño puede hacer relatos sobre las pesquerías de perlas, o de lo que de sus experiencias en ello cuenten los buzos. Conforme los chicos de los Llanos pueden describir una cacería de chigüires, o la forma en que se elabora el queso de su tierra, la vida de las garzas, las pesquerías en las lagunas, etc.

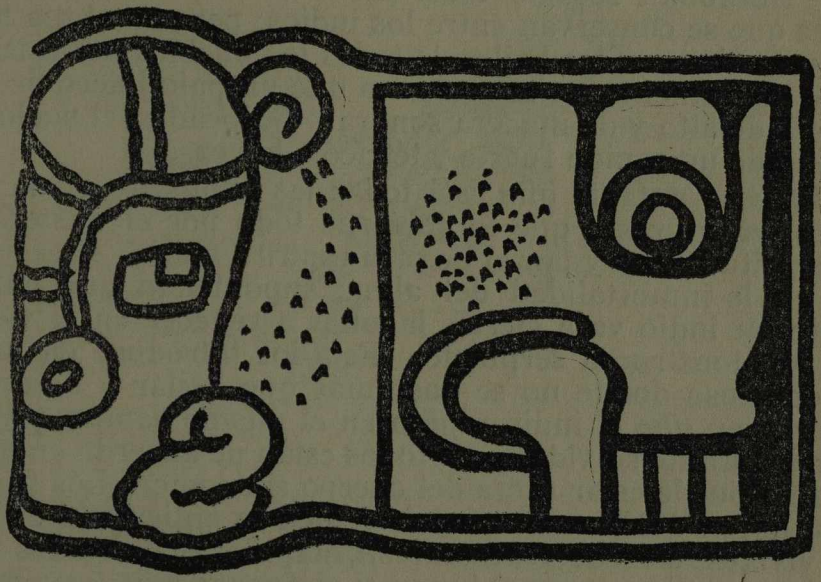
Muy cuantioso es el material de esta clase que puede ser tratado, y esperamos que, como en tantas otras ocasiones, nuestros pequeños lectores nos presten atención, y podamos pronto abrir nuevas secciones en nuestra revista sobre fenómenos naturales, costumbres, descripciones geográficas; todo debido a los niños colaboradores de "Onza, Tigre y León".

* * *

ANTIGUAS TRADICIONES

CREENCIAS DE LOS INDIOS

Por AGUSTIN CODAZZI



Las tribus indígenas que habitan el Caroní, las de los ríos tributarios del Cuyuní, del Ventuari, alto Orinoco y del Inírida, como los antiguos persas, son adoradores de las fuerzas de la naturaleza. Llamaban al buen principio "Cachimana". Manaitou es el grande espíritu que arregla las estaciones y favorece las cosechas. Al lado de Cachimana hay un mal principio, "Jol Kiamo", menos poderoso pero más astuto, y sobre todo, más activo que el primero. En las riberas del Orinoco no existen ídolos, como sucede entre otras tribus que han permanecido fieles a los primeros cultos de la naturaleza; pero el "botuto", trompeta sagrada, llegó a ser un objeto de veneración. Para ser iniciado en los misterios

del "botuto" y llegar a ser "piache" o adivino, era preciso tener costumbres puras y ser celibatario. No había más que un pequeño número de aquellas trompetas sagradas.

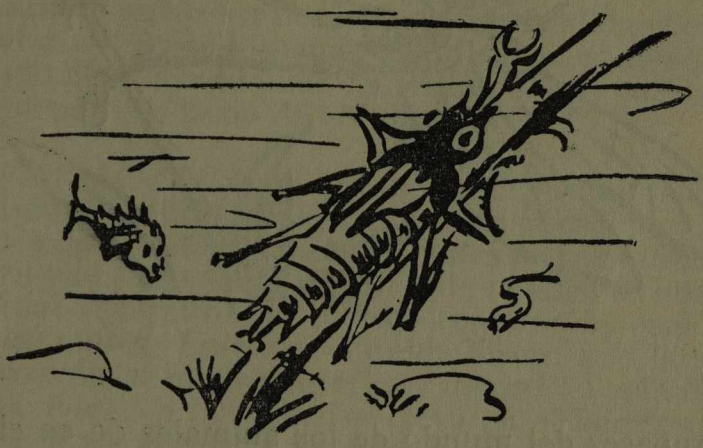
La más antigua y célebre era la de la colina situada cerca de la confluencia del Tomo y del Guainía o Río Negro. No era permitido a las mujeres ver el instrumento maravilloso, y se les excluía de todas las ceremonias del culto. Si alguna tenía la desgracia de ver el "botuto", le daban muerte sin piedad. Humboldt recogió estas particularidades de las tradiciones que se conservan entre los indios; pero en el día la tal trompeta sirve en los bailes de todos los pueblos del Guainía, y este instrumento no es otra cosa que un palo hueco de cuatro pies de alto y de madera sonora. Golpeando el suelo con él, despide un sonido fuerte y tétrico a la vez.

Es cosa notable que casi todas las tribus tienen la idea de un ser supremo que lo gobierna todo por el misterio de un espíritu bueno y por el de otro espíritu malo. Creen también en la inmortalidad del alma, suponiendo que cuando muere un indio va a ciertas lagunas a renacer en el vientre de una monstruosa serpiente. Esta los introduce en un lugar delicioso donde no se hace más que bailar y divertirse. Otros creen que el indio reposa en el mismo campo que cultiva durante su vida; pero todos están de acuerdo en que el alma no puede estar fuera del cuerpo sin comer. Los funerales se hacen de diversos modos; o bien se entierra el cadáver con víveres, o se deja desecar en mapires suspendidos a los árboles o en las casas al humo y al fuego; mientras que en otras se pone el cuerpo en el río para que sea comido por los pequeños peces llamados caribes, y entonces sus huesos se ponen en cestas y se cuelgan en las casas. Otros, en fin, se entierran con perfumes y varios bálsamos, y al cabo de un año se sacan los huesos, que puestos en vasos de tierra o mapires de cada caña, se cuelgan en la casa de los parientes. Pero, generalmente pasan toda la noche en gritar, bailar o beber.

Los habitantes de ciertas naciones indígenas antes del amanecer salen de las casas y empiezan a gritar como si llorasen a los parientes muertos; y esta gritería cesa cuando empieza a despuntar el día. En algunas tribus los *piaches* o en-

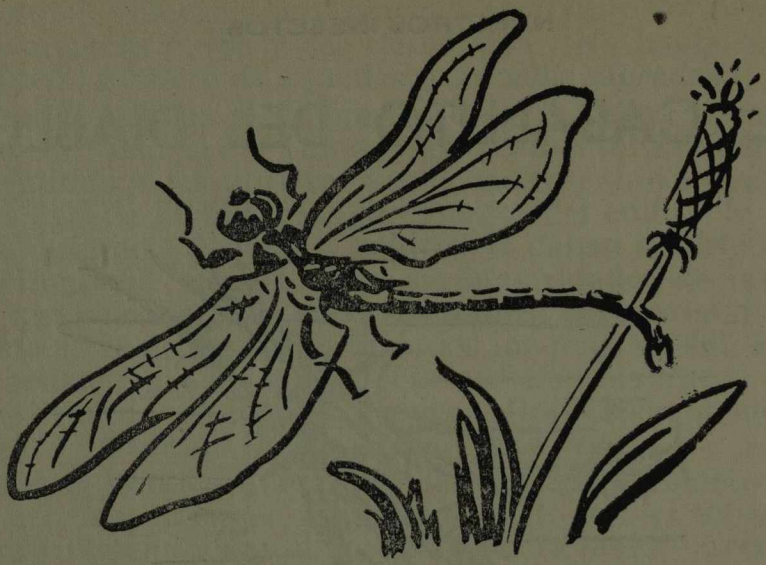
(Pasa a la pág. 25)

EL CABALLITO DEL DIABLO



Las libélulas o caballitos del diablo son preciosos insectos de cabeza gruesa, ojos grandes y saltones, abdomen largo y delgado y alas formadas por una membrana tan sutil que parecen de finísima gasa. Son generalmente de colores brillantes con reflejos metálicos; vuelan alrededor de los ríos y lagunas produciendo un zumbido peculiar. Son muy útiles porque, tanto en estado de larvas como adultos, destruyen multitud de insectos perjudiciales, especialmente moscas y mosquitos.

El caballito del diablo pertenece al grupo de los *odonatos*, siendo sus cuatro alas finamente reticuladas con delicadísimas nerviaciones. La boca está provista de un aparato masticador con formidables mandíbulas. Estas especies son completamente carnívoras en el estado adulto, atrapando al vuelo las pequeñas presas de que se alimentan. Son tan expertos en esta forma de cazar insectos que se los puede considerar co-



mo los rapaces del mundo de los animales de su clase. Sus maniobras y sus giros aéreos en torno a los charcos que realizan buscando su alimento, su destreza y su habilidad para coger las presas y diabólica agilidad para librarse de sus perseguidores tal vez haya sido la causa de que se les denomine "caballitos del diablo". Algunas leyendas que circulan acerca de los daños que al hombre pueden causar son totalmente infundadas, ya que son seres completamente inofensivos.

Es muy curiosa la manera de beber agua de estos insectos. Sobre los charcos, puede vérseles al ras de superficie, volando fijos, sin moverse de un punto, y mientras agitan las alas, golpean el agua con la punta de su cola; las gotitas que hacen salpicar de este modo, las atrapan en el aire y las ingieren.

Las coloraciones de las diversas clases de caballitos del diablo son tan brillantes y variadas como las pudiera imaginar la más rica fantasía de un artista; pero, en cambio, sus larvas son grotescos y repulsivos animales carnívoros que viven en las aguas de los lagos y charcas. Estas larvas poseen

un notable instrumento de captura de sus presas, consistente en un par de aceradas pinzas, las cuales están colocadas en el extremo de una especie de pieza doblada y articulada que constituye la parte del aparato bucal llamada la máscara, que no es más que la que los naturalistas denominan "labio" en los restantes insectos, o sea el segundo par de maxilas.

Esta pieza puede ser desdoblada y extendida rápidamente por la larva de libélula cuando así lo desée, pudiendo de esta manera capturar a cualquier confiado pecesillo o insecto que nade dentro de su radio de acción.

Las larvas nacen de un huevo que depositan las hembras de los insectos adultos en las plantas acuáticas, por encima o por debajo del nivel de las aguas. Estas larvas experimentan dentro del agua una larga sucesión de mudas, alcanzando su estado final al término de su vida acuática, la cual dura de diez a doce meses. Entonces el animal trepa a lo largo de los juncos para llegar al aire libre, realizándose el acto de la muda, que convierte a la repulsiva larva en el hermoso insecto de vivos colores que es la libélula. La contemplación de este acto final ha inspirado los siguientes versos:

He visto hoy una libélula;
salía de los pozos donde había yacido;
su impulso interno le hizo desgarrar,
de cabeza a cola, el velo de su vieja cáscara,
apareciendo las brillantes placas
de una cota de zafiro;
secó sus alas, que crecieron como gasa,
y a través de los campos
y de las praderas húmedas de rocío,
partió como un relámpago viviente de luz.

* * *

LA PIEDRA

Un hombre pobre fué a ver a uno rico y le pidió una limosna; pero el rico no le dió nada.

—Vete, — le dijo.

El pobre no le hizo caso. Entonces el rico se enfadó, tomó una piedra y la tiró al pobre; éste recogió la piedra y la guardó en uno de sus bolsillos.

—Llevaré esta piedra hasta el día en que pueda lanzarla contra este rico, — murmuró, y luego se fué por su camino.

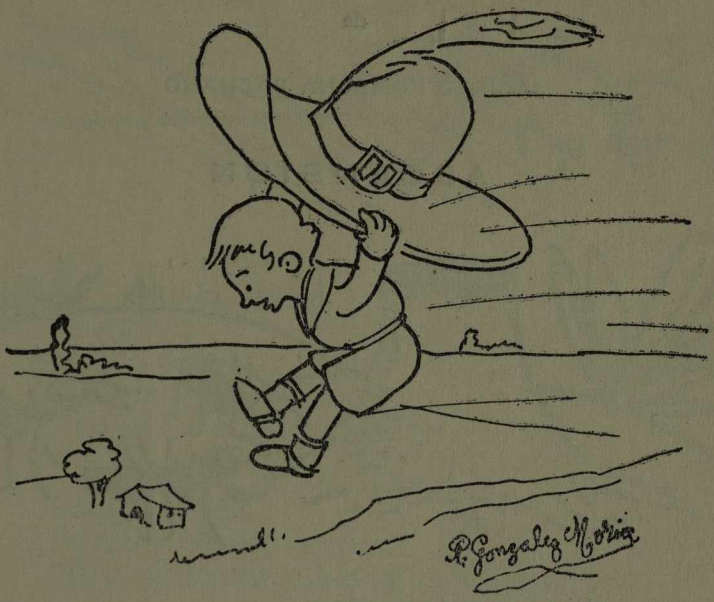
Aguardó mucho tiempo el hombre pobre, hasta que, al fin, el día llegó. El hombre rico había cometido un crimen y se le despojó de todos sus bienes. Cuando lo conducían a la prisión, el pobre se lo encontró en el camino. Cuando el rico estuvo cerca, el pobre sacó la piedra de su bolsillo y la alzó en el brazo, dispuesto a arrojarla. Pero reflexionó:

—¿Por qué he llevado esta piedra tanto tiempo en el bolsillo? Cuando él era rico y poderoso, yo le temía; pero ahora que le veo humillado y sin riquezas, siento piedad por él.

Y el hombre pobre bajó el brazo dejando caer la piedra que rodó por el suelo.

FCO. A. CALDERON.
11 años.
Mérida.

EL SOMBRERO VOLADOR



Había una vez un muchachito muy chiquirritico, pero muy vivo.

Un día este muchachito le dijo adiós a su mamá y se fué a recorrer mundo.

Pasó por pueblos, por caseríos, por llanuras y por montañas, y habiendo llegado a la orilla de un río, descubrió a un gigante que estaba agachado en la orilla matando los pescados a toletazos.

El muchachito cortó un manojo de bejucos y empujó un peñón barranco abajo. El peñón salió rodando y le cayó al gigante sobre las espaldas, derribándolo sin sentido.

Entonces el muchachito corrió y amarró bien al gigantón con los bejucos. Cuando el gigante despertó, no se podía mover de lo bien entorchado que estaba.

(Pasa a la pág. 29)

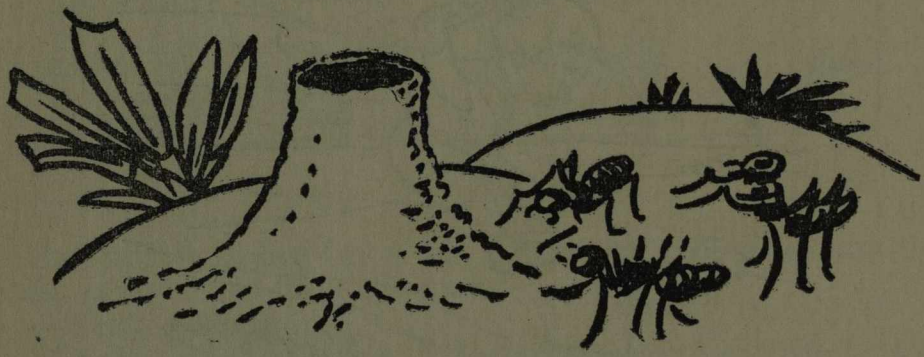
LOS POETAS Y LOS NIÑOS

POEMAS

de

JACINTO FOMBONA PACHANO

ASCENSION



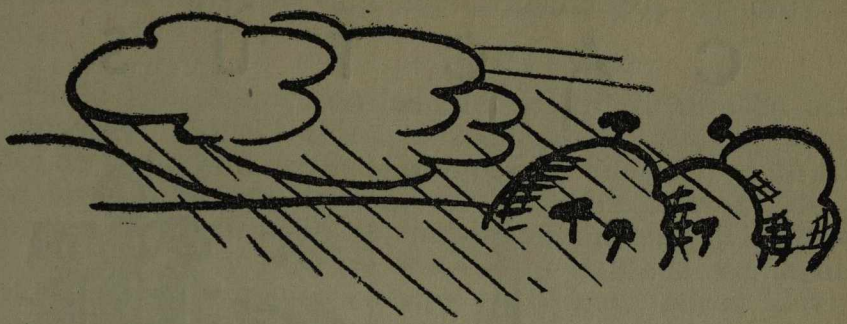
Si es que te gustan
las hormigas buenas,
ven a trepar, mi niño, a tu Himalaya:
montoncito de tierra que atalaya
el menudo país de sus faenas.

Verás cómo son bloques las arenas
y a orillas de una gota está una playa;
y cómo por sus sendas no desmaya
el pueblo que inventó las radioantenas.

Verás también cómo celebran todas,
con verdes briznas de rituales suyos,
su Domingo de Ramos o sus bodas;

y cómo a su ciudad sin faroleros
vienen con sus aviones los cocuyos
para que no le falten los luceros.

LA NUBE



Cójala, usted,
la nube!,
cójala usted!,
la nube blanca y loca
que se ha puesto a llover!

Allá va, Señor Viento,
cójala, usted,
la nube blanca y loca!...
Mire, si no corre, no la va a coger...

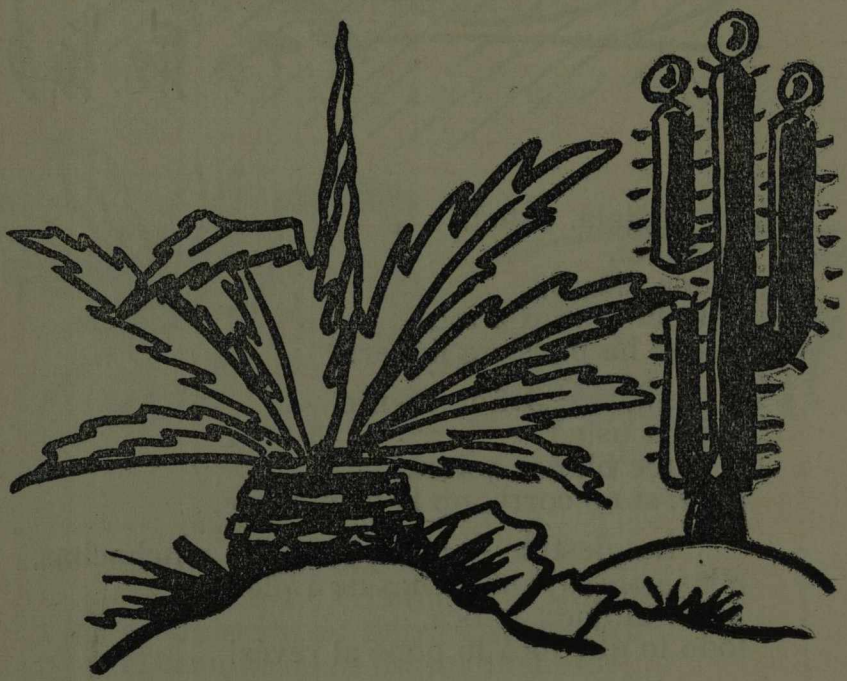
Les destiñó el domingo a las muchachas,
a las pobres muchachas de a pie.
Anda mojada y loca,
todo lo que toca lo pone al revés!

Allá va, Señor Viento,
cójala, usted!,
pero no le haga daño
que acaso se podría desvanecer.

Cójala, Señor Viento,
póngala a secar muy bien,
vístala con su traje de colegiala,
llévela después
al preceptor Crepúsculo para que aprenda
lo que una nube puede ser...

Y luego despreocúpese, Señor Viento,
que eso lo enseña el otro mejor que usted!

C A C T U S



Entre la vegetación venezolana es grande la turba de los *cirius,* la higuera de la India o cardones, que se elevan hasta casi diez metros de alto en forma de candelabros. Su tronco es tan duro que de él se sirven para la construcción de las casas. Sus brazos espinosos de diferentes formas, pero elevándose todos rectamente hacia el cielo, son en las llanuras de Coro y en otros lugares, durante el verano, el pasto común de los numerosos rebaños de cabras que allí se multiplican de manera asombrosa. Este mismo uso tiene, entre otros, la familia de las tunas, con espinas y sin ellas. Sobre esta planta de diferentes formas y alturas y que crece en ocasio-

nes hasta tres y cuatro metros, se cría espontáneamente el precioso insecto de la cochinilla, del cual se extraía antiguamente cierto colorante de color escarlata que era muy apreciado.

Tanto las tunas como los cardonales forman en ocasiones bosques impenetrables, mezclados de *mimosas arborescentes* de la familia de las leguminosas: tales son el cují (*mimosa tarnesiana*) de madera torcida, pero muy sólida, empleado en la fabricación de carbón por la magnífica calidad que él produce, y otra de sus clases llamada vulgarmente "cují de aroma", menos común y útil para hacer horcones, dientes de máquinas y curvas. Existen también las *mimosas fructescentes* o sensitivas; las de Cumaná, de copa esférica (*humilis*) de cerca de metro y medio, la pelita de Calabozo y la *dormiens* de Apure, que sirven de verde alfombra. Los alrededores de Coro, Maracaibo, Barquisimeto, Barcelona y Cumaná, están generalmente cubiertos de esta sola vegetación dentro de la cual viven en sociedades numerosas, el chigüire, de la familia de las *ananas,* los mayales de la familia *bromelia-caratas* que ocupan grandes espacios impenetrables por las púas de sus hojas y el gran apiñamiento de las plantas, el maguey-cocuy (*maguesis*) cuyo vástago o pitreo cargado de flores se eleva a más de diez metros. De esta planta extraen en ciertas regiones de los Estados Lara y Falcón un licor espirituoso de mejor calidad que el aguardiente común de caña, y del cual se hace un gran comercio. También prospera abundantemente el maguey cocuiza o más propiamente pita, (*cocuisa aloe*) en los cerros calizos hasta una altura por sobre el nivel del mar cerca de los dos mil metros. Lo hay con espinas y sin ellas, y tienen sus hojas varios usos. Las fibras interiores de las pencas sirven para tejidos ordinarios, como cabestros, cinchas y otros aperos para las cabalgaduras, etc. El jugo que mana al tallar las hojas para extraer las fibras es sumamente cáustico.

A alturas mayores sobre el nivel del mar, el maguey parásito se sostiene agarrado a otros árboles. En las hojas de esta planta, rolladas a lo ancho y de hechura de cuña, como las de toda su familia, hallan constantemente agua en abundancia los cazadores y viajeros.

LA PATILLA GRANDE

(DE LAS AVENTURAS DE TIO TIGRE Y TIO CONEJO)

Una vieja compró un día una patilla muy hermosa. La fruta estaba muy jugosa y dulce, la vieja se la comió y recogió las semillas para sembrarlas. Hizo su siembra y al poco tiempo las maticas nacieron y comenzaron a crecer.

Todas las mañanas la vieja iba a contemplar su plantío de patillas y por la tarde volvía y regaba las maticas cuidadosamente.

Con tales cuidados, el patillal prosperó mucho y pronto entre los tallos y hojas comenzaron a verdear gordos y hermosos frutos.

Cuando fué tiempo y las patillas estuvieron a punto de madurar, la vieja fué a casa del Cura y le ofreció una, la más hermosa que produjera su plantío. El señor Cura aceptó gustoso y la vieja se dirigió a su siembra para elegir y cuidar con esmero la fruta que destinaba para el regalo. Dejó entonces pasara algún tiempo en espera de que la fruta madurara. Mientras tanto, Tío Conejo descubrió el patillal, buscó la fruta más hermosa y madura, le abrió un huequito y todos los días co-

mía un poco, volviendo a tapar el agujero, de manera que, si la vieja venía, no se enterara de nada. Aquella patilla era precisamente la que había sido destinada para el regalo del Cura.

Muy pronto la patilla estuvo completamente vacía; entonces Tío Conejo, para que la fruta no fuera a arrugarse y a dejar de parecer lozana, la rellenó con tierra y tapó muy bien el agujero que le había abierto.

Al día siguiente vino la vieja, y viendo que la fruta comenzaba a amarillear, la desprendió de la mata y la llevó al Cura. Este, al ver un regalo tan apetitoso, se regocijó mucho pensando en el gusto que se iba a dar y obsequió a la vieja con algunas monedas.

Luego, cuando el Cura partió la patilla para comerla, se puso furioso al encontrarla completamente llena de tierra por dentro. Buscó a la vieja y le dió una reprimenda por haberse burlado de él de aquella manera. La pobre mujer se deshizo en excusas. Ella era incapaz de tamaño desafuero. Algún vagabundo debía ser el autor de aquello. Y la vieja ofreció al cura una nueva patilla, prometiendo también no descansar hasta descubrir al que había puesto tierra en la fruta anterior.

Entonces la vieja se fué al patillal y comenzó a observar minuciosamente en busca de algún indicio que revelara la identidad del culpable.

Al fin, debajo de unas hojas, encontró la tierra marcada con unas muy leves huellecitas. La vieja las conocía muy bien; no cabía duda; todo aquello era obra de Tío Conejo. Sería fácil atrapar al muy desvergonzado.

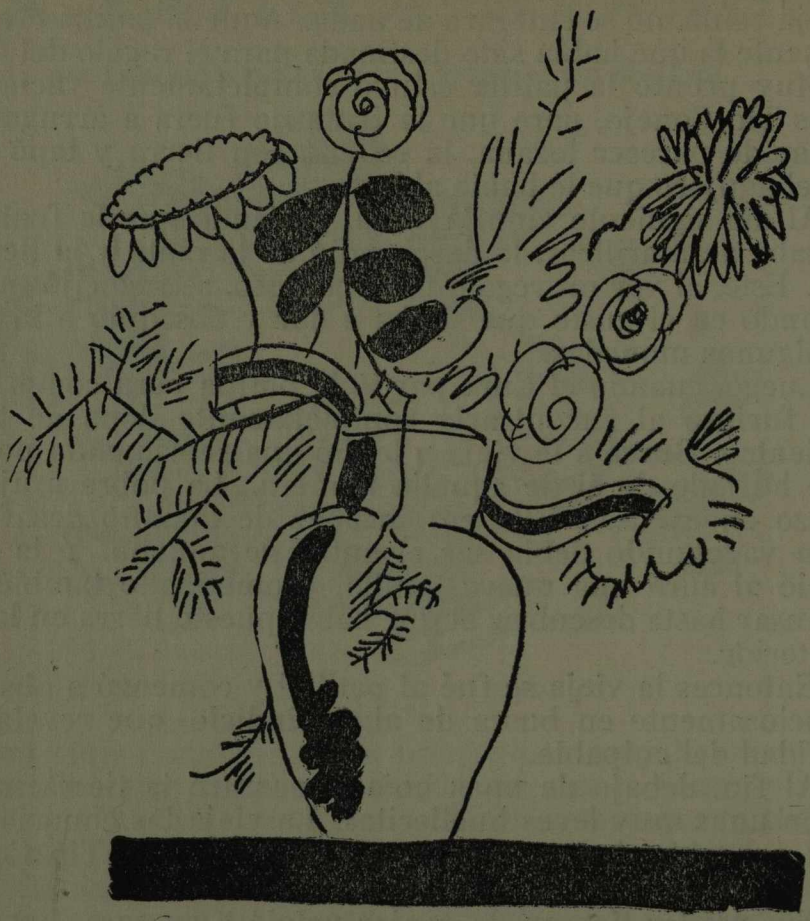
Sin perder tiempo, la mujer volvió a su casa, buscó un gran cajón y cargó con él hacia el patillal. Allí armó una trampa y la dejó preparada con una carnada que, sin duda alguna, atraería a Tío Conejo.

Toda la noche estuvo el cajón esperando que Tío Conejo viniera a comer debajo de él para entonces caer y dejarlo encerrado sin probabilidad alguna de escapar.

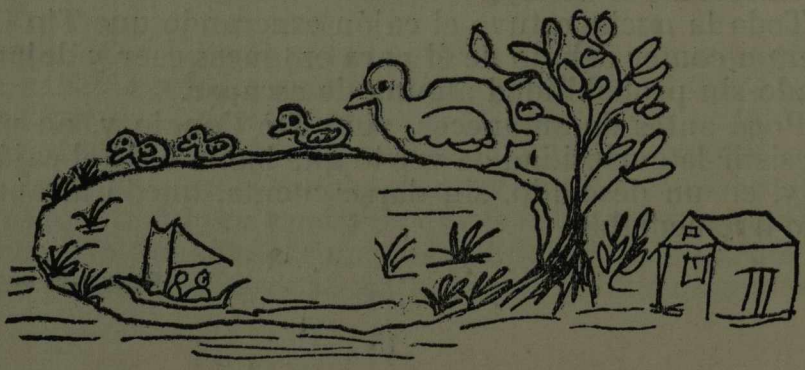
Poco antes de amanecer, vino Tío Conejo y, no pudiendo resistir la curiosidad de ver lo que había bajo el cajón, fué a él y, en un descuido, sin darse cuenta, quedó atrapado de modo irremediable.

(Pasa a la pág. 27)

DIBUJOS DE NIÑ

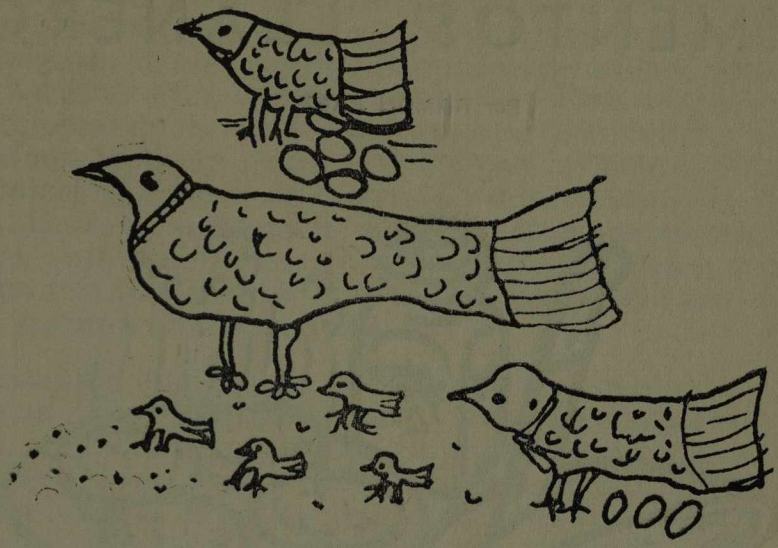


FLORES. — Por Carlos Vicente Fabiani.
(6 años). — Caracas.



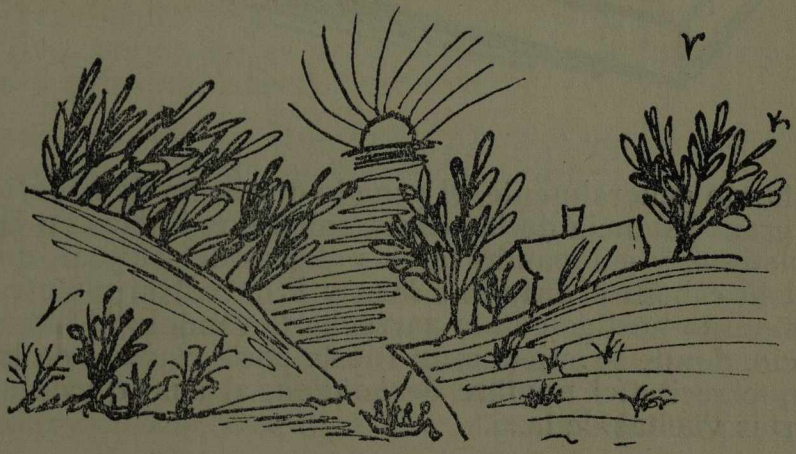
PATITOS DE PASEO. — Por Liduvina Martínez
Veloz. — (8 años). — Escuela Federal No. 65. — Apurito.

VENEZOLANOS



AVES DE CORRAL. — Por Luis Molinas.

Escuela Federal No. 3135. — El Clavo.

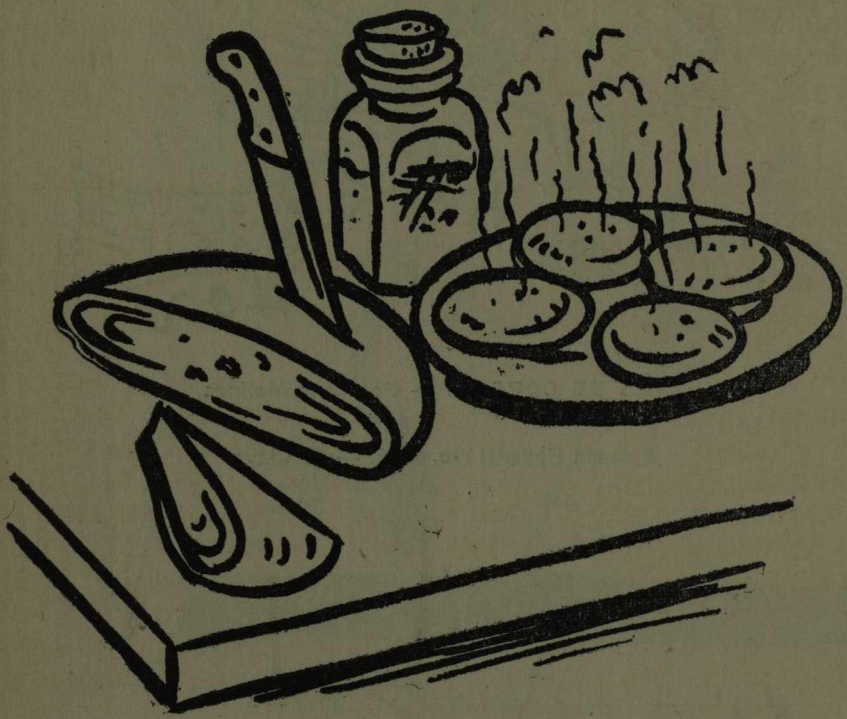


PAISAJE. — Por Senovia Escobar. — (12 años).

Estado Apure.

ALIMENTOS LLANEROS

Por RAMON PAEZ



Estando generalmente, el ganado que se ha de beneficiar, a una gran distancia de las casas, salen dos jinetes en busca de la víctima, y galopando cerca y detrás del animal, uno le lanza a la cabeza el infalible lazo y lo arrastra, mientras el compañero lo hostiga con la garrocha llevándolo al lugar del sacrificio, donde se sujeta a un fuerte poste clavado en la tierra y que recibe el nombre de *botalón,* al cual queda atado por varias vueltas de lazo.

Una noche fuí, en un hato, despertado por fuertes bramidos que partían de dicho botalón, y como sabía que no estaba ocupado por ninguna res, no me daba cuenta en el primer momento de la causa de tan estrepitosa serenata, y deseoso de averiguar lo que pasaba, lleno de curiosidad, dirigí mis pasos hacia el sitio, encontrándome con casi una docena de toros olfateando la sangre del anterior compañero muerto, escarbando la tierra con las patas con evidentes signos de gran dolor; y, a pesar de lo extraño e interesante de la escena, la hice cesar ordenando dispersar el grupo cuyas lamentaciones eran tan ruidosas. He asistido después a manifestaciones semejantes, que siempre me han inspirado un profundo sentimiento de compasión.

Todas las mañanas se nos mataba un novillo que comíamos asado sin legumbre o pan. Teníamos maíz en abundancia, tanto en grano como en mazorcas, el que antes de ser convertido en arepas (el pan predilecto del país), requiere todos los días el paso a través de gran variedad de operaciones, lo que hace fastidioso el procedimiento. Se tritura el grano (se pila) en grandes morteros de madera, agregándole un puñado de arena y agua, se separa luego la cáscara áspera venteándolo a la mano por un procedimiento especial, se lava luego abundantemente, y se cuece a poco fuego hasta cierto grado de consistencia, no muy blanda, para entonces molerlo entre dos piedras, dándole en seguida a la masa la forma de pequeñas tortas planas y circulares, las que se cuecen en largas y delgadas planchas de tierra quemada (budares); resultando de todo ese trabajo, un pan blanquísimo y nutritivo, pero, con el inconveniente de endurecerse demasiado, y perder su sabor al enfriarse.

Aunque inferior al nuestro, y con el nombre de *tortillas*, se usa este pan en Méjico y América Central.

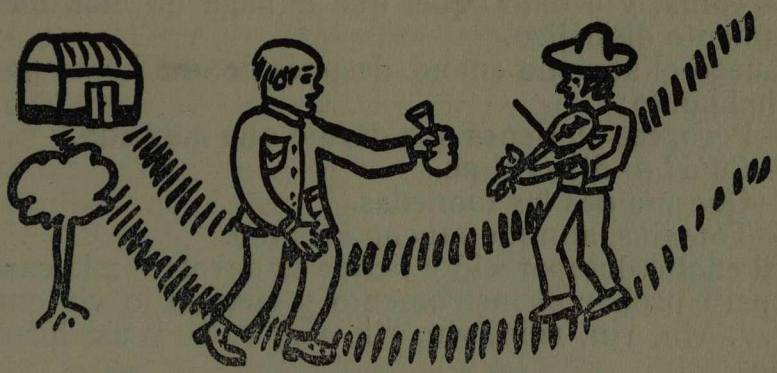
Son los llaneros esencialmente pastores, ajenos al cultivo de los campos, y creen degradarse con inclinar la cabeza ante la misma madre Tierra. Sus casas ofrecen siempre la más triste apariencia, y están privadas de las más necesarias comodidades. Aunque la tierra es extraordinariamente fértil, y capaz de recompensar ampliamente a su cultivador con cosechas de toda clase de granos, no consideran como esen-

cial el pan, usando en su lugar un trozo de hígado cocido que les agrada más, y no entienden del precepto divino de ganar el pan con el sudor de las frentes. Viviendo en medio de innumerables rebaños, rodeados por los munificentes dones de una benefactora Providencia, se privan hasta de la carne fresca, no por avaricia o economía del ganado, que allí puede decirse que tiene un valor nominal, sino por ser naturalmente sobrios, mirando la leche y la mantequilla como alimentos sólo propios para niños. El queso, sí constituye para ellos un artículo predilecto, y en su preparación despliegan gran habilidad, principalmente en el delicioso queso de mano o especie de queso cocido. Por si pudiera interesar a algunos de mis lectores, he aquí la receta: cortada la leche como de costumbre, se cuece la cuajada en su propio suero hasta la consistencia de jarabe o melado, y con las manos, se la estira repetidas veces hasta que se enfríe. Se añade entonces sal a la masa dándole la forma de tortas, dejándolas escurrir colocadas dentro de unos canastos colgantes del techo. Los quesos de mano conservan absolutamente el sabor de la leche, y al comerlos se separan en hojas como de pergamino.

Como las vacas son casi siempre medio salvajes, se las ordeña a la fuerza. Se hace esto pasando una soga por los cuernos del animal fijada a un largo palo, mientras el ordeñador deja mamar un poco al becerro y viene la leche, que de otro modo no se obtendría, para entonces amarrarlo a las patas de la vaca. Todas ellas tienen un nombre de pura fantasía: Clavellina, Flor del Campo, Maravilla, y otros no menos eufónicos y poéticos. Las vacas mansas, responden al ser llamadas, con entrecortados mugidos, y acuden instantáneamente, en tanto que los becerros amontonados en la vaquera, corren a lo largo de los corrales al oír el nombre de sus madres.

En los Llanos los hombres realizan muchas de las tareas que en otras partes desempeñan las mujeres; como ordeñar las vacas, cuajar la leche, preparar los quesos, sin desdeñar cocinar sus comidas y lavar su ropa cuando sea necesario.

EL VIOLIN MAGICO



Vivía en cierta comarca un señor muy pichirre, ya no le quedaban criados en su casa, porque a fin de mes, que era cuando cobraban, su amo tenía siempre una disculpa para no pagarles. Ya pasados 3 o 4 meses era que les venía a pagar, y no les daba más de lo que podían ganar en un mes.

Viendo esto, los criados se fueron retirando y no quedó sino uno que entre sus compañeros tenía el nombre de "bobo".

Pero éste, igual a los otros, se retiró a los tres años de estar con semejante amo. Este en cambio de sus servicios le pagó tres monedas de a 5 bolívares.

Felipe, que así se llamaba el peón, que nunca había visto semejante cantidad en sus manos, se creyó ricachón y echó a caminar. Su amo lo despidió diciéndole:

—Toma, mi buen Felipe, no encontrarás un amo en tu recorrida que te dé semejante suma.

—¡Muchas gracias, buen amo! — exclamó Felipe.

Después de este pequeño diálogo Felipe se marchó, pero en medio del camino del pueblo a que se disponía ir, lo sorprendió un huracán. De improviso cesó el viento, y ante sus ojos apareció un enanito de barba blanca, y ya iba a retroceder cuando el enano le habló de esta manera:

—No trates de escaparte.

—Si no me haces daño con tu magia — dijo el aludido.

—Todo lo contrario —dijo el enano— más bien te voy a dar un dón.

—Cuál?, dime pues, — dijo Felipe.

El enano sacó de debajo de la blusa un violín y le dijo:

—Toma, y a todo aquel que te haga un mal, tócale ese instrumento diabólico.

Luego el anciano enano, después de una breve pausa, siguió hablando:

—Pero, eso sí, tienes que darme una garantía.

—Cuál? — dijo Felipe.

—Que me des las monedas.

—Tómalas, aunque mucho las amo.

El enano desapareció y Felipe se devolvió a la casa de su amo para probar el instrumento y cuando lo vió empezó a tocar... rin, rin, ruin, rin, rin, rin, ruin, y así hizo varios acordes.

Al oír la música el avaro comenzó a bailar desesperadamente, y sin poderse contener.

Deja diablo, ese instrumento maldito y te doy esta bolsa llena de plata — dijo.

—Bueno, dámela y dejo de tocar — dijo Felipe.

Pero el viejo se dirigió al pueblo a presentar la demanda a la autoridad, la cual envió inmediatamente varios gendarmes en busca del malvado ladrón, según decía el viejo. Los soldados no tardaron mucho en encontrarlo y le dieron la siguiente orden:

—¡Manos arriba, mal agüero!

—Y por qué razón? — dijo Felipe, y empezó a tocar...

Los guardias empezaron a bailar y al mismo tiempo disparaban contra Felipe pero sin ningún resultado. De pronto Felipe no tocó más y se sometió a los guardias diciéndoles:

—Llevadme a la población para ver qué clase de delito he cometido.

Cuando llegaron a la ciudad se encontraban reunidos el pueblo, las autoridades y los que habrían de servir de testigos,

Ya Felipe había sido juzgado y se iba a cumplir la sentencia en el cadalso, cuando dijo:

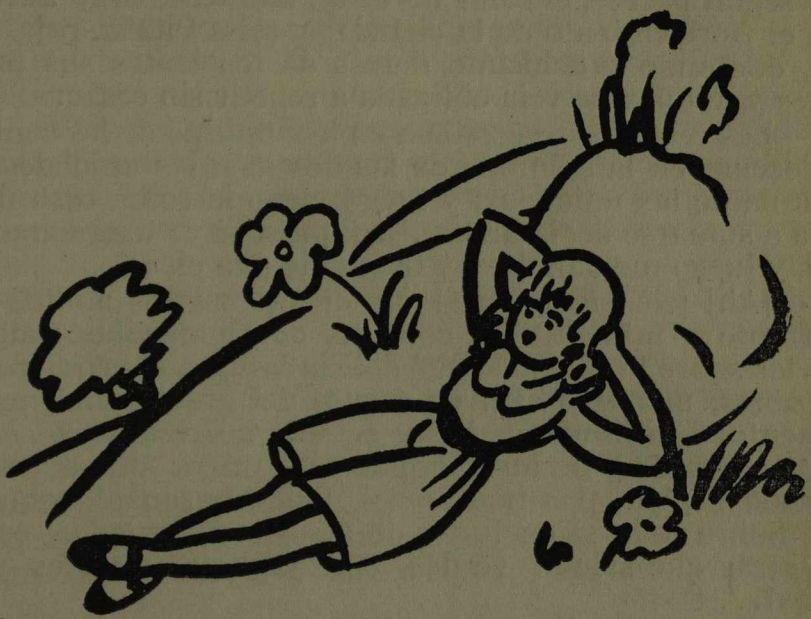
(Pasa a la pág. 26)

NUESTROS GRANDES ESCRITORES Y LOS NIÑOS

FRAGMENTOS DEL LIBRO

"IFIGENIA"

Por TERESA DE LA PARRA



Era un calurosísimo mediodía de verano. Yo me hallaba sentada ante la mesa de estudio dando clase con miss Pitkin, mi última institutriz de la serie. Miss Pitkin era inglesa y naturalmente usaba lentes. Como de costumbre, en aquella hora de la clase, se hallaba instalada frente a mí y por consiguiente frente al balcón que a mi espalda se abría de par en par sobre la copa verde y frondosísima de uno de los árboles de la avenida, copa cuyas hojas, agitadas por la brisa, solían estremecerse ligeramente, o balancearse majestuosamente, según las circunstancias, allí mismo tras la calada baranda de nuestro balcón. Pero desgraciadamente, aquel

día el árbol estaba inmóvil, porque la calma era absoluta y miss Pitkin que, como yo, tenía muchísimo calor, se hallaba impaciente y engolfada en un discurso que siendo horriblemente complicado, era a la vez, horriblemente monótono. Se trata de explicar el orden jerárquico e inalterable mediante el cual deben escribirse en ringlera vertical varias cantidades antes de trazar una raya horizontal, y reunir por fin abajo la raya, las diversas cantidades en una sola, realizando de este modo, la sintética e ingeniosa operación llamada suma. Pero según parece, el calor no es un ambiente muy adecuado para el florecimiento de la ciencia; y miss Pitkin, roja, sudorosa, dilatando muchísimo detrás de los lentes sus pupilas verdes y miopes, se veía obligada a repetir sin cesar:

—Las centenas se escriben en la columna de las centenas; las decenas en la columna de las decenas; las unidades en la columna de las unidades; y luego viene la coma caso de que fuera a sumarse decimales... Así, pues, si yo tengo una manzana, y luego me dan diez, y luego me dan cien...

—¡Ah! ¡cien manzanas! Me dí a pensar al punto, inmóvil frente a miss Pitkin, con mis dos manecitas sudorosas abiertas sobre la falda. ¡Qué delicia tan grande comerse cien manzanas, una tras otra en medio del gran bochorno, y al momento, sí, allí mismo, sobre aquella horrible mesa, eternamente aburrida y desierta, donde ni siquiera se podía apoyar los codos! ¡Ah! ¡las manzanas! ¡las manzanas! ¡qué buenas! Sobre todo si en lugar de ser las encarnadas, eran de esas otras que siendo verdes, son jugosas, grandes y algo ácidas!...

Y mientras así pensaba, fijaba muchísimo mis ojos en los ojos claros de miss Pitkin, a fin de demostrarle mi profundo interés por la aritmética. Pero sucedió que en un momento dado, cuando más engolfadas nos hallábamos las dos en el tema imaginario de las manzanas, yo descubrí de pronto que allá, en el luminoso cristal izquierdo de los lentes de miss Pitkin se retrataba diminuta, redonda, verde, y completamente inmóvil en su nimbo de luz, aquella copa de árbol que a mi espalda tras el abierto balcón acostumbrada a mecerse cadenciosamente agitada por la brisa de la calle. Y ¡caminos misteriosos del destino!... la visión física del árbol,

(Pasa a la pág. 31)

CREENCIAS DE LOS INDIOS

(Viene de la pág. 4)

cantadores hacen las veces de médicos y en otras de adivinos. No faltan indios que se representan a Dios en figura de culebra o de sapo; pero lo más ordinario, así como lo natural, es reconocer en el sol al ser que dispensa los bienes y los males, la abundancia de las cosechas y la escasez de las lluvias. Los eclipses de la luna producen una gran consternación, porque los creen una señal de enojo provocado por la debilidad, la pereza o la cobardía de los indios. Para aplacar al astro toman las armas, tocan los instrumentos de guerra y cortan o arrancan los árboles con otras pruebas de fuerza física y de actividad: las mujeres dan grandes voces tirando al aire maíz, yucas y otras cosas hasta que, apaciguada la luna y pasado el eclipse todos aquellos extremos de dolor se convierten en alegría y la escena termina con un baile. Entre los Tamanacos, refiere Humboldt, se conserva la tradición de que en los tiempos de grandes aguas iban sus padres en canoas para libertarse de una inundación que cubría las tierras todas. Entonces, dicen, que las olas del mar batían contra las rocas de la Encaramada. Esta idea no se presenta aisladamente entre los Tamanacos, sino que es parte de un sistema de tradiciones históricas, cuyas nociones se hallan esparcidas entre los Maipures de las grandes cataratas, los indios del río Erevato que desagua en el Caura y entre todas las tribus del alto Orinoco. Cuando se pregunta a los Tamanacos cómo ha sobrevivido el género humano a aquel suceso extraordinario o *edad del Agua* de los mexicanos, responden que "un hombre y una mujer se salvaron en lo alto de un monte llamado Tamanacú, situado en las orillas del Asiverú (hoy Cuchivero) y que habiendo arrojado tras ellos y por encima de sus cabezas el fruto de la palma moriche (*mauritia*) vieron nacer de los huesos de ese fruto a los hombres y las mujeres que poblaron de nuevo la tierra". "He aquí, —añade Humboldt— en toda la simplicidad, y entre pueblos salvajes, una tradición que los griegos han adornado con todos los encantos de la imaginación".

A algunas leguas de la Encaramada se eleva en medio de la sabana una peña llamada Tupumereme o Roca-Pintada, que presenta imágenes de animales y figuras simbólicas. Hállanse jeroglíficos semejantes debajo de la Encaramada, cerca de Caicara, sobre el Casiquiare y entre éste y el Orinoco. Se encuentran a veces estas figuras a una altura considerable y sobre murallas de roca sólo accesibles con andamios muy elevados. Cuando se pregunta a los indígenas de que modo se han podido esculpir aquellos figuras, responden sonriéndose y como contando un hecho que solo un extranjero puede ignorar, "que en la época de las grandes aguas iban sus padres en canoas navegando al nivel de aquellas alturas". Otros tienen por tradición, como en el Casiquiare y el Sipapo, que Dios hizo en tal cerro a los hombres, en tal otro a las mujeres, en algunos los tigres, los monos, las culebras, los rayos, las nubes, los truenos. Por cada uno de estos cerros tienen una especie de respeto o adoración singular.

EL VIOLIN MAGICO

(Viene de la pág. 22)

—Señor gobernador, me puede dar permiso para tocar mi última pieza? Quiero satisfacer este deseo, pues soy músico.

—Sea — dijo el gobernador.

Felipe sacó su violín y empezó a tocar. Todos los que estaban presentes se pusieron de pié y comenzaron a bailar hasta que cayeron rendidos de cansancio.

De este modo, Felipe pudo huir, y siguió haciendo con su mágico violín, travesuras por el mundo.

ALI JOSE TORO.
Sexto grado. — Escuela Federal "27 de noviembre de 1820". — Sta. Ana de Trujillo.

LA PATILLA GRANDE

(Viene de al pág. 15)

Tío Conejo quedó un momento aturdido, sin darse cuenta de lo que había ocurrido. Luego comenzó a buscar la manera de salir y, al fin, viendo que era imposible encontrar manera alguna de escapar, se desesperó y empezó a llorar y a gritar desconsolado.

Precisamente, en aquellos momentos, Tío Tigre acertaba a pasar por los alrededores, y escuchando los lamentos de Tío Conejo, fué a ver lo que ocurría. Entró al patillal y allí descubrió el cajón con su prisionero dentro. De un manotón, Tío Tigre alzó el cajón y sacó de abajo a Tío Conejo.

—Por fin te tengo, bandido, —rugió Tío Tigre mostrando sus afilados colmillos.— Voy a devorarte.

—Hágalo pronto, Tío Tigre. Todo lo prefiero a comerme el becerro que la dueña de este patillal va a traer luego.

—¿Qué dices?

—Lo que oye, Tío Tigre. En castigo a que yo me robaba las patillas, la vieja me ha encerrado para obligarme a devorar un becerro entero. Como ella sabe que yo no puedo comer la carne de ese animal, fué a buscar uno. ¡Ay!, Tío Tigre, aquí echaré las tripas vomitando. Devóreme Ud. antes de que eso ocurra.

El bobo de Tío Tigre empezó a creer en la patraña de Tío Conejo y preguntó interesado:

—¿Pero es verdad todo eso que me cuentas, Tío Conejo?

—La pura y triste verdad, Tío Tigre.

—Ah malhaya tu suerte, Tío Conejo. A mí sí que me gustaría comerme un becerro enterito. ¡Con el hambre que tengo!

—Pues es fácil, Tío Tigre; hay una manera con la cual nos beneficiaríamos ambos.

—¡Uhú! ¿Y cuál es?

—Guá, todo consistiría en que Ud. se meta bajo el cajón a esperar que la vieja le traiga el becerro y en comérselo luego, mientras yo me voy por allí a buscar yerbecitas que es lo que me gusta.

A Tío Tigre le pareció de perlas la idea y se metió bajo el cajón, mientras Tío Conejo, ya en libertad, se dedicó a amontonar piedras sobre la trampa que encerraba a su eterno enemigo. Tío Tigre le miró con desconfianza:

—¿Qué haces, Tío Conejo?

—Ponerlo todo como lo había dejado la vieja. Estas piedras las había puesto ella encima de la trampa, pero yo, con el batallar que tenía las eché todas por tierra.

—Ah, si es así síguelas amontonando arriba, es bueno que todo esté como ella lo dejó, para que no se dé cuenta de la jugareta que le vamos a hacer.

Y Tío Conejo apiló sobre el cajón una montaña de piedras, sin que el necio de Tío Tigre se apercibiera de que todo aquello era para hacerle a él imposible la huida.

Después Tío Conejo se marchó y, cuando la vieja vino, escandalizó tanto, que todos los hombres del pueblo vinieron armados de garrotes y dieron tal paliza a Tío Tigre que, el infeliz, a duras penas pudo escapar y llegar molido hasta su casa.

MARCEL ABLAN.
Duaca, Estado Lara.

CONSEJOS HIGIENICOS

CANTOS PARA NIÑOS

(Viene de la pág. 2 de carátula)

Hay periquito, etc.

Hay que practicar la Higiene,
en los actos de la vida
y el que la practica tiene:
contra enfermedad la *egida*.

Hay periquito, etc.

PEDRO A. FLORES F.

Montecarmelo, julio de 1940.

EL SOMBRERO VOLADOR

(Viene de la pág. 9)

—Ay, muchachito —dijo,— si tú me sueltas te voy a dar un regalo magnífico. Te cederé mi sombrero que es mágico y podrá llevarte donde quieras.

—Convenido, — dijo el muchachito, y quitándole el sombrero al gigante se lo metió hasta las orejas.

—Si quieres volar, no tienes sino que darle una vueltecita en tu cabeza.

El muchachito hizo lo que le decía el gigante y comprobó con admiración que podía elevarse por los aires y descender, a voluntad.

—Me gusta el negocio,— dijo el muchachito, y acercándose al gigante, sacó una navajita muy pequeñita, que tenía.

—Voy a soltarte.

El gigante se quedó tranquilo y en un momento estuvo libre de los bejucos que le sujetaban. Pero, apenas pudo hacer uso de sus movimientos, saltó sobre el muchachito para derribarlo de un manotón. Pero, si él fué rápido, más rápido fué el muchachito, que hizo dar vueltas al sombrero sobre su cabeza y se elevó por los aires en un dos por tres.

—Me las pagarás, gigante, — le gritó desde arriba: —Me quisiste jugar sucio y eso no se queda así.

Entonces el muchachito fué volando a donde había una gran tempestad. Allí buscó al rayo y lo encontró derribando los árboles más corpulentos.

—Eres fuerte y poderoso, rayo, — le dijo. Y el rayo le contestó:

—No derribo sino las torres y los árboles más enormes, y todo lo grande que pueda haber.

—Pero yo conozco un gigante más grande que todos los árboles que has derribado en esta selva.

—Dime dónde se encuentra y te haré rico, — gritó el rayo con voz de trueno.

El muchachito indicó al rayo dónde se hallaba el gigante, y el rayo fué y lo fulminó, desapareciendo todo vestigio de

gigante y dejando en la tierra una cavidad enorme, dentro de la cual relucían grandes trozos de oro a montones.

—Esa mina de oro es tuya, — dijo el rayo, y desapareció por los aires entre mil relámpagos y truenos.

El muchachito llenó sus bolsillos de oro y, haciendo girar su sombrero, fué volando hasta su casita, donde vivió rico y contento con su mamá.

RICARDO GONZALEZ MORIA.
14 años.
Caracas.

EL PERRO CHICHE

Alí era un niño que tenía un perro llamado Chiche. Chiche quería mucho a su amo.

Un día se fué el niño a pasear al campo y llevó consigo al perro.

Estando en el campo, Alí vió una mata cargada de naranjas y se subió al árbol para cojer unas frutas.

Sobre la misma rama el niño se puso a comer las naranjas, y tantas comió y gastó en eso tanto tiempo, que el pobre perro que aguardaba debajo, se fastidió y se metió por entre el monte para pasear un rato.

Al fin Alí se cansó de comer naranjas y bajó de la mata, pero al llegar abajo no encontró a su perro. Desesperado se puso a llamarlo, pero el animal no venía. Entonces resolvió ponerse a buscar a Chiche, y se metió por entre el monte, mas sin resultado ninguno.

Comenzaba ya a oscurecer y el niño no regresaba. En su casa se asustaron mucho y enviaron a un hombre en su busca.

Saliendo apenas de la casa, el hombre se encontró con el perrito Chiche, y entre los dos, buscaron al niño.

Olfateando el suelo, Chiche condujo al hombre hasta el lugar donde Alí se encontraba perdido. Y entonces todos regresaron contentos a la casa.

HERMILDES MONTOYA
12 años.
Escuela Federal 488. — Guaraque.
Estado Mérida.

"IFIGENIA"

(Viene de la pág. 24)

retratada en el cristal izquierdo de miss Pitkin, unida a la visión mental de las manzanas sugeridas en mi imaginación, bastó para desviar por completo el curso monótono de mis días, deformar mi opinión, modificar mis gustos, y cambiar en general todo el código de mis principios personales. Situada como estaba ante miss Pitkin y ante la imagen risueña del árbol y las frutas, sentí crecer bruscamente en mi alma, un deseo vehementísimo de frescura, indolencia y libertad campesinas, pero disfrutadas en plena independencia, lejos, lejísimo, adonde no llegase ni por asomo ninguna voz que dijese: Las centenas en la columna de las centenas... Y al punto mi pensamiento, como un pobre pajarito preso, comenzó a agitarse poco a poco en las alas de sus deseos: revoloteó primero tímidamente; revoloteó luego con más brío; y por fin, emprendiendo un vuelo decidido hacia el pasado se perdió suavemente entre un boscaje de recuerdos vagos, imprecisos, llenos de virgiliana y bucólica dulzura... con mi vista siempre fija en el

árbol que se reflejaba en el cristal izquierdo recordé dulcemente con algo de fruición y con mucho de melancolía aquellos días lejanos pasados en San Nicolás, la hacienda de Venezuela, cuando sentada yo sobre la hierba, bajo los guayabos colgados de frutas, con mis manos libres, independientes, y completamentes mías, jugaba con tierra durante horas y horas acompañada por mi amiga María del Carmen, la hijita negra de la cocinera. ¡Ah! qué feliz era yo entonces y que feliz debía de ser aún María del Carmen!...¡ Sí; ella seguiría probablemente sentada sobre la hierba, con la diez uña de sus manos rebosantes de tierra, con las piernas cruzadas a la turca, y los pies frescos y alegres, metidos dentro de las alpargatas obscuras, en cuyos extremos continuarían asomándose siempre, como un par de sorpresas aquellas dos yemas blancas de sus dedos pulgares!...

AVISO

El Ministerio de Educación Nacional —Dirección de Cultura— ruega a todas las personas que reciben la "Revista Nacional de Cultura", la de "Educación" y "Onza, Tigre y León", avisar por escrito a dicha Dirección todo cambio de domicilio a fin de que puedan recibir las publicaciones sin posibles extravíos y evitar reclamaciones.

También se participa que los números anteriores de las Revistas están agotados a pesar del notable aumento que se ha venido haciendo últimamente, en cada una de las ediciones.

Actualmente las ediciones alcanzan, respectivamente, a 6.000, 8.000 y 8.500 ejemplares, los cuales quedan completamente distribuidos gratuitamente en el mismo número de institutos y personas. No pudiéndose por el momento aumentar las ediciones —ya numerosas— a causa del reajuste del Presupuesto, no hay posibilidad de atender nuevas solicitudes por lo cual se pide excusa a los solicitantes.

Caracas, noviembre de 1.940.

NOTA

DEBIDO AL REAJUSTE ECONOMICO A QUE HA SIDO SOMETIDO EL PRESUPUESTO OFICIAL, LAS REVISTAS DEL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL, DIRECCION DE CULTURA, SEGUIRAN APARECIENDO EN FORMA BIMESTRAL.

CUADRIGRAMA

1	2	3	4
2			
3			
4			

HORIZONTALES:

1.—Ave acuática.
2.—Nombre de varón.
3.—Vestiduras.
4.—Asideros.

VERTICALES:

1.—Fruta exótica.
2.—Sin compañía (Inv.).
3.—Choca.
4.—Niñeras.

ANIMALES VENEZOLANOS

R A N A

Por

CARMELINA GUTIERREZ V.

(12 años)

Caracas.

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA
Y BELLAS ARTES
BIBLIOTECA
Reg. 566.-
Clas.

ESTA REVISTA ES REPARTIDA GRATUITAMENTE
POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL,
DIRECCION DE CULTURA.